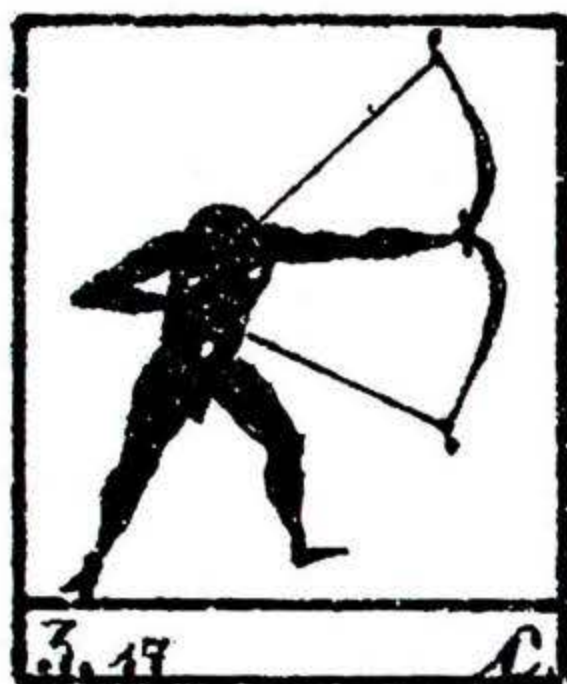


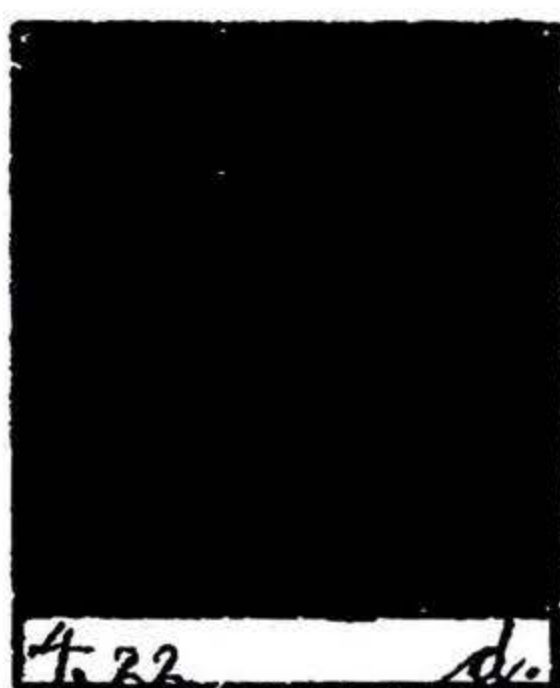
nas con esa habilidad de relatar en un estilo que lindaba entre periodismo y literatura.



Una de esas personas era José Joaquín Jiménez —Ximénez— quien entre 1932 y 1946 trabajó como reportero de la sección judicial de *El Tiempo* (¿por qué la suprimieron?). En el libro que aquí se reseña, su hijo y su viuda reunieron unos textos ejemplares de este reportero, que se hizo famoso con sus saltos entre poesía y crónica. Con ocasión de cumplirse el año pasado el quincuagésimo aniversario de su fallecimiento, fue publicado este libro. Una muestra de los trabajos de un hábil periodista cuyo tema no sólo eran los crímenes, sino más bien los problemas sociales que encontraba en los bajos fondos. Fue así como llegó a convertirse en el cronista mayor de Bogotá y en un pionero del periodismo moderno en Colombia.

Sus crónicas tratan de las calles de Bogotá, reúnen impresiones como si fueran de una "revista de la ciudad", relatan destinos y acontecimientos de "pobres gentes" y también de "vidas extraordinarias" y culminan en las observaciones rigurosas de un "enviado especial". De Ximénez, quien nació el 19 de diciembre de 1915 en Bogotá, se cuentan anécdotas simpáticas que ayudan a entender de dónde sale el misterio que se ha tejido alrededor de su persona. Ximénez, como él mismo solía apodarse, se definía a sí mismo como "un cronista, un reportero vil, un escritorzuelo estúpido e ingenuo" que se hizo famoso al inventar que los protagonistas de sus reportajes acostumbraban dejar alguna nota o poemas. De ese modo, él armaba la historia de un

acontecimiento real como si fuera una novela. Su propia imaginación casi nunca se quedó fuera de la crónica. Una vez le tocó inventar una crónica (pues no había ocurrido nada, situación respecto a la cual llegó a escribir un comentario, lamentándose de ello) en la que contó como un astuto negociante colombiano había vendido varias veces unos restos falsos de Simón Bolívar a turistas estadounidenses. La noticia, que Ximénez tomó de un chiste popular, fue reproducida en varios periódicos de Estados Unidos. Otra de sus travesuras consistió en la invención de un ladrón apodado Rascamuelas, que se hizo tan conocido que causó pánico entre los habitantes de los barrios donde Ximénez lo hizo aparecer. Hasta tal punto llegaron las cosas, que el comandante de la policía metropolitana organizó una operación para capturar al ladrón e invitó a varios periodistas, entre ellos a Ximénez.



José Joaquín Jiménez marco un paso muy importante en el desarrollo del periodismo colombiano. Por lo tanto, constituye un aporte muy valioso de la Editorial Planeta haber publicado este libro, lo cual ojalá contribuya a impedir, como dijo Daniel Samper en su homenaje al cronista el año pasado, "que su nombre se pierda en la neblina de la historia como si se tratara de otro salto de Tequendama".

El periodista extranjero puso al lado el libro y sintió un sabor amargo ante la pobreza intelectual en los actuales medios de información de Colombia. ¡Cómo ha cambiado *El Tiempo*! ¡Cómo hace falta la mirada crítica de un folletín, precisamente en estos tiempos, precisamente para este pueblo! ¡A la sección judicial no le harían falta temas!

Lo que hace falta a los lectores es tiempo: de los cincuenta muertos de hoy no se puede acordar por los cincuenta muertos de mañana. La fuerza de la impresión diaria de la violencia apaga la sensación que puede causar un destino individual. Lo que sobra son columnas — a veces inútiles — de clientelistas y partidistas.

Las gotas de lluvia golpean los cristales de la ventana. Los faroles iluminan débilmente las calles. Por las paredes de papel pasa el ruido del televisor del vecino. Sonido de ametralladoras. Gritos. Unos muchachos se emborrachan a la entrada de una tienda tomando cerveza y dándole vueltas al tiempo. La noche desciende de la cordillera. ¡Duérmete, Bogotá, duérmete!

HELMUT SPREITZER

El vecino del piso de arriba

Somos barí

Hortensia Galvis Ramírez

Editorial Presencia, Santafé de Bogotá, 1995, 149 págs., 25 fotografías de Bruce Olsson

En la introducción de este breve libro, la pianista y columnista del periódico *Vanguardia Liberal*, de Bucaramanga, Hortensia Galvis, nos cuenta que su propósito es "divulgar los grandes valores espirituales de una cultura que hace parte de nuestras raíces, para que, conociéndolos, la discriminación al indígena sea un capítulo cerrado en nuestra historia" (pág. 11). De esta manera, se coloca del lado de aquellos que consideran que la actual situación de marginamiento, dominación y explotación que recae sobre las sociedades indígenas en Colombia se basa simplemente en la ignorancia que nuestra población tiene acerca de ellos, y sobre los valores más profundos de sus culturas. También comparte con aquellos otros que consideran que las sociedades indígenas poseen una espiritualidad profundamente religiosa y que es en ese

campo en donde tienen mucho que enseñar al resto de los colombianos.

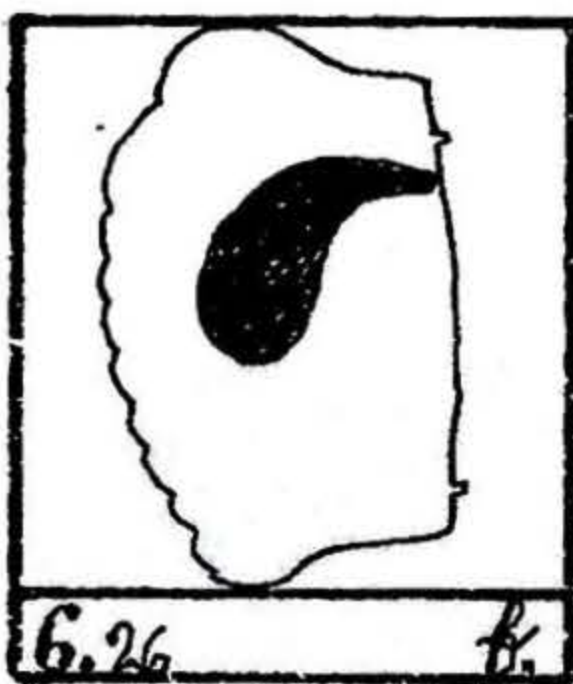
El texto, escrito en forma de relatos cortos e independientes, sigue un ordenamiento que va de la presentación del modelo de vida ideal de la sociedad barí (capítulos "Irocobina y el mensajero" y "Ser un barí"), pasando por su encuentro con los blancos y sus consecuencias ("La invasión del blanco", "Taigda Yado", "Contacto con los civilizados"), hasta culminar con el proyecto de un dirigente barí para el futuro de su comunidad ("El futuro barí").

Su construcción está elaborada mediante la combinación de diferentes procedimientos metodológicos, que varían de acuerdo con las circunstancias de sus personajes y de los acontecimientos que se narran en los distintos apartados. En algunos, la autora quiere reproducir fielmente las experiencias que escuchó narrar de labios de quienes las vivieron, como sucede con los capítulos sobre el contacto con los "civilizados" y sobre el viaje a Nueva York; otros son creación personal suya, aunque sobre la base de "hechos reales y verdaderos"; otros más reviven tradiciones y sucesos históricos, "que sazono con leyendas autóctonas"; por último, las "leyendas [...] proceden directamente de Babido Bobarishora Atacadara, un guerrero barí apasionado por la investigación de la historia de su tribu" (pág. 13). Estos procedimientos desembocan en una prosa fluida y amena, que se deja leer con facilidad.



En lo que respecta al contenido, la autora dedica la casi totalidad de los doce capítulos del libro a hacer una apología del misionero y lingüista Bruce Olsson —su "vecino del piso de arriba" en el edificio en donde residen

en Bucaramanga y "guía para cada detalle descrito" en el libro— y de su obra entre los barís; para ello, se fundamenta, según dice, en la recolección y presentación, con algunas modificaciones, de los relatos y opiniones de algunos de los "beneficiarios" de Olsson, en especial los de aquellos que han tenido la oportunidad de ser criados por él, o de haber formado parte de alguna de aquellas "remesas de indios barí" (pág. 68) enviados a la ciudad de Bucaramanga para cursar estudios por cuenta de dicho misionero, y que en su mayoría son hoy profesionales: enfermero, un abogado, un administrador de empresas, y de los relatos del propio Olsson.



Otro de sus recursos para destacar la figura del misionero escandinavo está en el rechazo y la denuncia radicales de las actividades que todos los agentes de la sociedad nacional colombiana han realizado entre aquella nacionalidad indígena. Misioneros católicos y monjas lauritas, predicadores evangélicos y guerrilleros, antropólogos y gobierno son víctimas de las diatribas de la pianista; como aquella que atribuye a la ropa regalada por unas monjas la muerte de sesenta y tres personas de la comunidad de Caricachaboquira, en su mayoría niños, en el lapso de dos semanas (pág. 123).

O aquella otra que dice que "¡en tres meses Jaulin creyó que ya lo sabía todo! Más tarde capitalizaría esos tres meses, en años de conferencias por el mundo y en la publicación de un libro: *La paz blanca*, que en nuestro concepto está lleno de lamentables equivocaciones" (pág. 60), sin explicar en qué consisten tales equivocaciones, y cuando, además, es bien sabido que el antropólogo

Robert Jaulin pasó entre los barís mucho más de tres meses en 1964 y después regresó en otras ocasiones.

La conclusión que pone en boca de Roberto Dácsarara Axdobidora Cashara frente a la acción de dichos agentes es muy clara: "Después de 35 años las promesas de: gobierno, políticos, antropólogos, misiones religiosas y guerrilla han sido la basura que ya sepultó el tiempo; mientras que cada uno de los barí disfruta ahora de las obras que nos ha patrocinado Bruce Olsson. ¡Dejen entonces que hablen los hechos y llenen las palabras!" (pág. 76).

Sólo en el capítulo "Cuando la teología no alcanza", que dedica a las discusiones "teológicas" y va encaminado a refutar las doctrinas católicas, encuentra otras gentes por fuera del mundo barí cuyo pensamiento y realizaciones les son cercanos, por lo cual sus planteamientos se presentan en el texto con gran simpatía: los tibetanos, que moran en las "cumbres más altas de los Himalayas y están también dedicados a las cosas del espíritu" (págs. 137-140). Los libros *Magia y misterio en el Tíbet*, de Alexandra David Neel, y el *Libro tibetano de los muertos* son su guía para adentrarse en las concepciones tibetanas y exponer sus semejanzas con las de los barís.

Sin embargo, la presentación que se hace en el libro acerca de la vida y el pensamiento barí está bastante idealizada; tal pareciera que éstos no hubieran sufrido ningún cambio como consecuencia de sus contactos y relaciones con el "mundo blanco"; incluso aquellos que han vivido, estudiado y trabajado por años en la ciudad y que ahora son profesionales, aparecen como abanderados de la tradición y, por lo tanto, como líderes de su pueblo y sus comunidades. Según la autora, esto se hace posible porque, como dice Pedro Axjuanira: "Los de mi generación hemos sido los primeros en llevar dos nombres. También somos bilingües y biculturales, gracias a desvelos y esfuerzos de Yado (Olsson), quien ha insistido en que debemos saber cómo son los hombres blancos, para podernos defender de ellos" (pág. 59).

También ocurre que a lo largo del relato aparezcan con frecuencia algunos lugares comunes del pensamiento

corriente sobre los indígenas: el toque de lo misterioso que ponen los "hechiceros", la "maravillosa armonía con la naturaleza" que llevan en su vida, la "perfecta sintonía con las dimensiones superiores del espíritu", etc.

El nivel del análisis y de los argumentos es superficial e ingenuo, quizá por querer hacerlo concordar con lo que la autora supone que es la mentalidad del público amplio, no ilustrado, al cual va dirigido. Así ocurre cuando Tacbogyera nos cuenta por qué abandonó sus estudios de teología: "Por casi dos semestres estudié las doctrinas del catolicismo. Luego llegué a la conclusión de que la mayoría de esas enseñanzas no nos conciernen. Para comenzar, en la selva no existen las manzanas, lógicamente nosotros nunca desobedecimos el mandato de Dios. Por eso tengo la certeza de que los barí nacemos sin pecado original. ¡Fíjense que nosotros nunca hemos sido expulsados del paraíso!, ahí hemos vivido siempre en compañía de los chigbarí, los ángeles de Dios que todavía velan por nosotros" (pág. 135).

O cuando analiza cuál de las dos lenguas, el barí o el castellano, es mejor: "Hay un aspecto en donde la lengua del blanco aventaja al barí. Consiste en la existencia de nociones como: mentir, calumniar, asesinar, torturar, comprar, corromper, extorsionar, secuestrar, etc.... Los indígenas, que han aprendido del ejemplo del blanco, mienten sólo en español, ¡jamás en su propia lengua!" (pág. 82).

De ahí que, ante los nefastos resultados de la penetración de los blancos, Titira Asendora, futuro cacique de la comunidad de Shubacbarina, se proponga "trasladar la comunidad más adentro de la selva, donde la tradición de mis mayores todavía se conserve intacta. Aquí las relaciones con el blanco nos cohíben y corrompen. No podemos gozar de la libertad de ser estando subordinados a la voracidad del blanco, que no respetan nada. Nuestra alma clama por la tranquila independencia en las soledades de la selva, rodeados del sosiego verde de los árboles, entre cantos de pájaros y rumores de agua que salta por las piedras. Mucho me temo que la vida del barí sea tan delicada como una flor silvestre que, cuando hay

manos que la estrujan, pierde su fragancia y agacha la cabeza antes de marchitarse" (págs. 148-149).

LUIS GUILLERMO VASCO

La vida contra la pared

Autobiografiti

Luis Liévano

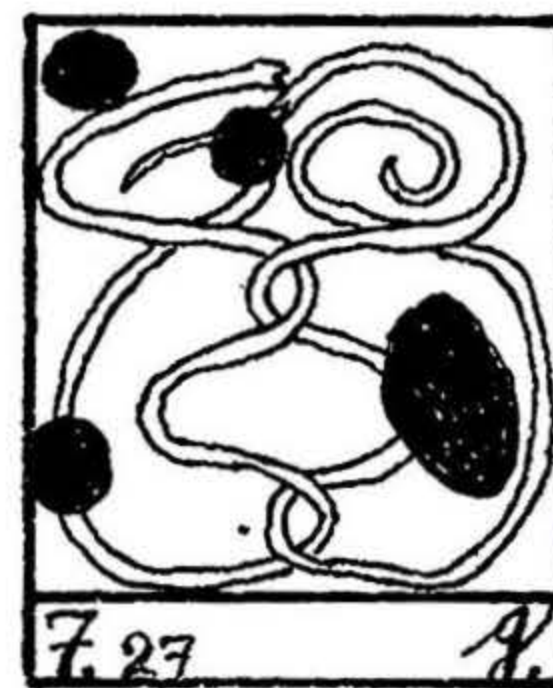
Intermedio Editores, Santafé de Bogotá, 1996, 174 págs.

No sé si sea una maldición la que persigue a los escritores que ostentan mi apellido: hay una antología de grafitis (emplearé el término así, castellano), de Gonzalo Aristizábal (Oveja Negra, 1993); hay igualmente un libro de Alonso Aristizábal que se llama *Escritos en los muros* (Oveja Negra, 1985); ahora reseño esta *Autobiografiti* de Luis Liévano. Consigno esto como un dato curioso, o acaso como una tendencia ancestral a no percibir en el mundo nada más que lo sublime y lo ridículo, y entro en materia. A quien le interese le diré que hay acerca de este tema, por lo menos, un estudio sociológico, el de Armando Silva Téllez, *Una ciudad imaginada. Graffiti, expresión urbana* (1986).

Uno de los primeros tópicos que capta la atención del lector en *Cien años de soledad* es aquél que alguna vez he dado en llamar el "síndrome del sabio Caldas", y que consiste en inventar, por ignorancia o ingenuidad, lo que ha sido inventado en Europa cincuenta años antes. Genialmente afectado por el síndrome, mucho más peligroso que la peste del olvido, es José Arcadio Buendía, epígono costeño de nuestro lejano sabio payanés. De Caldas las biografías proclaman con no recelado orgullo patriótico que: "armado de sus propios medios, con sólo su ingenio como herramienta y la ayuda de Dios, este sabio granadino consiguió emular a los más distinguidos sabios de Europa"...

Si de Salomón pudo escribir Baltasar Gracián que fue el más sabio de los

hombres, y el hombre a quien más engañaron las mujeres, de Caldas, aquel sabio que pidió a sus amigos que le escogieran la esposa con la que debería casarse, podría predicarse que fue engañado no sólo por las mujeres sino por el medio en el que vivió, y que lo pagó con su sangre. Mucho antes que García Márquez, Humboldt había advertido la miseria intelectual de nuestros sabios, todo talento innato, poca preparación. Siempre se ha especulado acerca de la relación entre Caldas y el sabio alemán. He leído las notas del barón, que demuestran el desagrado con el cual tomó la imposición que los santafereños de 1800, ya metidos de lleno en el mundo de la intriga y de las palancas, le querían hacer para que tomara al granadino como compañero de viaje y lo llevara a hacer su "posgrado" en París... (Parece insinuar el barón que Caldas intrigó al lado de Mutis para que Humboldt se lo llevara). Tan no se llevó Humboldt a Caldas para Europa, que prefirió llevarse a Montúfar, el ecuatoriano, hijo, por lo demás, del marqués de Selva Alegre, a quien se debe el grito de independencia de la vecina provincia.



El mundo *underground* de los grafitis, más que expresión popular de rebeldía, aunque también lo sea, me parece responder de manera plena a ese síndrome del sabio Caldas. Me refiero al contenido, presumiblemente al bagaje cultural de los autores y, obvia decirlo, de los callejeros lectores.

El grafiti es simplemente sabiduría en cápsulas. Como tal, fue inventado en los albores de la escritura, en Altamira y demás cavernas. Como tal, la mayoría de los grafitis responden a sencillas figuras retóricas de uso frecuente: aliteraciones, calambures del